

to de orgullo: "Hay más millones de dollars representados en esa pequeña punta de esa pequeña isla, que en todo Londres y en todo París reunidos...."

III

LA SOCIEDAD.

I

UN BALNEARIO.

Había ido á Newport solo por algunos días. He permanecido allí más de un mes dejándome llevar de su vida que en efecto no tiene semejante, que yo sepa. Ni Deauville, ni Brighton, ni Biarritz se le parecen, ni aun Cannes, aunque ésta última se le acerca más por la suntuosidad de sus casas y por la casi total ausencia de burguesía. Pero Cannes es una *Cosmópolis*, como Roma, como Florencia, y tal vez más aún; en tanto que Newport es exclusiva, absolutamente americano. Han pasado por él, este año, algunos viajeros que iban para Chicago y á la *World's fair*. Por lo común son sólo seis ó siete los que pueden contarse. Los franceses no conocen Newport. Si los ingleses suelen venir á él, es por su afición al *yachting*; y son pocos. Prefieren la isla de Wight, Cowes y el cómodo río de Solent.

Esta escasez de viajeros que se explica por su leja-

nia y por la brevedad de la estación, asegura á esta villa de baños de mar, su irreductible carácter de originalidad nacional. No, esta elegante reunión, ó como dicen con desprecio los detractores de Newport, este *set*, no es la América, pero es *su mundo* y la vida mundana, esa vida que parece tan vacía y tan ficticia, se agarra por medio de profundas raíces secretas al país cuya flor es, flor algunas ocasiones insípida y con más frecuencia envenenada. Aun cuando sus costumbres propias sean como en Francia totalmente diferentes de las costumbres generales del país, manifiestan en los que las practican los defectos y las cualidades de la raza. Los ociosos se entretienen ó procuran divertirse, con la misma sensibilidad, con el mismo carácter y con la misma inteligencia que emplean los laboriosos para hacer su trabajo.

En la existencia de las clases altas parisienses, por ejemplo, se encuentran aplicadas á las artes, al lujo, al desenfreno, todas las potencias y todas las debilidades del alma francesa:—la extrema vivacidad de pensamiento y su inconsistencia, la desilusión prodigiosa de crítica y la ingenuidad de entusiasmo inesperadas, un irritado arrojó en la ironía y la esclavitud ante la opinión, algo de humanidad y no se qué de mediano, un aire de buen gusto aun en el desorden y apariencias de buen sentido aun en la locura—y sobre todo satisfacción, agrado, un genio de sociabilidad que flota en la atmósfera de nuestros clubs, de nuestros salones, de nuestros cafés, de nuestros teatros, de nuestros paseos. La naturaleza de un pueblo es siempre semejante en el colorido de sus vicios y de sus virtudes, de sus frivolidades y de sus trabajos. Esta fisonomía es pues la que se trata de descubrir, y para ello son buenos todos los documentos, desde la sala de casino hasta una iglesia, y desde la charla

de una mujer de moda hasta el discurso de un obreiro revolucionario.

Estoy seguro que la alma americana—que ha sido el interés real y la verdadera razón de mi viaje,—se transparentará detrás de las fastuosidades de Newport, para el que sepa verla. Pero, ¿he sabido verla? En todo evento, he aquí un lote completo de notas tomadas á lo vivo y como respuesta á todas las primeras preguntas que se formulen sobre una inquisición, referente á las personas de sociedad:—¿Dónde viven y de qué muebles usan? ¿Cómo se reúnen? ¿De qué manera se divierten? ¿Cómo platican?—Y luego si hay lugar para formarlas, se formularán hipótesis más generales.

—
¿Dónde y cómo viven? . . . En villas separadas unas de otras, y sin embargo casi en común, sembradas de césped muy verde, muy espeso y adornadas con grullas de bronce en pié bajo los árboles entre espesos y azules bosquecillos de hortensias; con pórticos al frente de las fachadas á cuyo derredor oscila la vid del Japón, esa yedra improvisada, pero más efímera y que en cada estación se marchita, símbolo de la instantaneidad americana, incapaz de la espera;—veinte, treinta, cuarenta tipos diversos de construcción, casi tantos cuantas son las moradas; unas cuadradas y como aplastadas, otras finas y elevadas, otras finas y largas, todas con ventanas de guillotina y encorvándose, en su mayoría, con el revestimiento de madera barnizada que sirve para darles un claro-oscuro de elegante aseo;—y así se continúan indefinidamente en la avenida Bellevue, en Narraganssett, en todas las calles de ese Newport moderno, que ha construido el

capricho de los millonarios sobre el acantilado de la costa en solo algunos años, pues el lugar apenas si desde ayer está de moda.

La otra ciudad, la verdadera, desciende allá abajo, sobre los muelles, con sus modestas casitas de madera clara que le dan suma gracia. Se siente detrás de ella á la cabaña primitiva, el frágil y rústico abrigo que el colono tuvo necesidad de construir con sus manos en este país selvático, con vigas mal cuadradas y con latas peor unidas. Aun en el día, las construcciones de piedra son raras en los Estados Unidos. El ladrillo y el fierro son los sucesores de la madera. La explotación de las canteras y la talla de los blocs, exigiría demasiado tiempo y mucha mano de obra.

No hay intermedio entre Newport el viejo, que sigue viviendo pacíficamente á lo burgués todo el invierno y el otro, el Newport del estío, elegantísimo y momentáneo. No se encuentra nada que revele bosquejos primitivos del balneario, ningún ensayo corregido, ni algo que indique que se abandonó y se volvió á emprender; nada que señale el ensanche progresivo de la boga. Es también con la potencia de la voluntad como se han levantado esos palacios de la Quinta Avenida en Nueva York, á modo de lo efectuado con la lámpara de Aladino, y así se ha creado en un relámpago milagroso ese barrio de cortijos. La diferencia única reside en las complicaciones de la arquitectura en que se encarnizaron los ricos de entre los ricos, que han querido sobrepujar al resto. El espíritu de *go ahead*, propio de la América, se reconoce aquí en las magnificencias de construcción, tan significativas cuando se piensa que esas moradas sirven para ser habitadas seis semanas, tal vez dos meses nada más en el año y cuando cada una de ellas

hace suponer como acompañamiento habitual, caballos y carruajes de cuatro tiros, un yacht y algunas veces dos, para cruzar la costa con velas ó al vapor, un wagón privado para estar en casa propia en todas las líneas de camino de fierro, una casa en New York y otra casa en el campo!...

Este, ha vivido mucho en Inglaterra y se ha empeñado en poseer en uno de los terrenos de Rhode Island cubiertos por menuda yerba, una abadía inglesa al estilo de la reina Isabel. Vedla como se levanta, parda y severa, tan exacta, tan completa, que bien podría ser trasportada á Oxford á orillas del Isis ó del Cherwel sin tener que mudarle una sola piedra para hacerla hermana del delicioso claustro de Maulden ó de la fachada de Oriel. El otro prefiere á la Francia y por eso le ha cuadrado poseer en frente del Atlántico un castillo de la revolución francesa. Allí está ese castillo y os recuerda Azay, Chenonceaux y el Loire con el perezoso y traslúcido listón de sus aguas, anudándose, desatándose, reanudándose al derredor de la amarilla arena de sus islas. Un tercero ha edificado un palacio de mármol, enteramente semejante á Trianon, con pilastras de capiteles corintios, tan anchas como las del templo del Sol en Baalbek. . . . Y ni uno solo de esos edificios representa al poco más ó menos lo que se quiso representar, ni una de esas pretensiosas é insuficientes tentativas que ponen en ridículo, en cualquier país, á los orgullosos y á los advenedizos. No. Sus detalles y lo acabado de su conjunto revelan el estudio concienzudo y el cuidado técnico. Con evidencia, se escogió al mejor artista. Tuvo completa libertad y tuvo el dinero necesario.

Sobre todo, el dinero! Caprichos como estos presuponen cantidades tan grandes, que después de un

paseo de cortijo en cortijo, y de abadías en castillos, sufris la impresión medio fantástica de una visita á alguna isla consagrada al dios Plutus metamorfoseado en la más moderna de sus encarnaciones en el dios Dollar. Pero este dios Plutus, es un dios que ayer todavía se sentaba, en el hogar de Penia, de la diosa bárbara de la pobreza; un dios Plutus al que no han enervado ni enlanguidecido todavía ni las riquezas ni las voluptuosidades; un Plutus que no teniendo ya necesidad de trabajar quiere que trabaje su oro, que este oro se manifieste, se extienda, que él *show off*, usando de la palabra verdaderamente yankee. Y tanto se muestra este oro, se derrama con tan violenta intensidad que os ase como el desplegamiento de una potencia. Flaubert escribía á uno de sus discípulos: "Si no podeis construir un Parthenon. alzad una pirámide! . . ." Este consejo brutal pero fuerte, parecen repetírselo todos los americanos por instinto, en otras palabras. Así como en las calles y en el puerto de Nueva Yor abrumba tanta actividad, así en las avenidas de Newport tanta riqueza admira. Subleva ó petrifica según esteis más predispuestos al socialismo ó al snobismo. El psicólogo que mira á una ciudad, como miraría el naturalista un hormiguero, reconoce en ella este mismo hecho, observado desde el primer momento, en un no sé que de intemperante y de desenfrenado. Parece ser que el génio americano no conoce la medida. Las construcciones de utilidad que ellos levantan, cuando son elevadas son muy altas. Sus casas de placer tienen todos los refinamientos. Cuando sus trenes caminan de prisa marchan violentísimos. Sus periódicos tienen muchas páginas, muchas noticias. Y el día que se entregan á gastar el dinero les es preciso gastar demasiado para tener la sensación de que han gastado mucho.

¿Cómo amueblan sus habitaciones? Tengo todavía ante los ojos, al escribir estas líneas, unos cincuenta interiores de estas *villas* y acaso más. Desde la semana de mi arribo y como consecuencias de mis cartas de presentación, había yo empezado á ser arrastrado en ese torbellino de almuerzos, de paseos en carruajes, de excursiones en yacht, de comidas y de bailes, que pasa sobre Newport como un simoun durante algunas semanas. "*Be in the rush*" dice un reclamo fijado en el carro eléctrico que hace el servicio de la playa á la ciudad antigua. La recomendación de una levadura especial acompaña á este elocuente cartel á este "acomodaos al tren," que los americanos os obligan muy pronto á practicar.

Su energía se extiende hasta á su hospitalidad, que se torna activa, que multiplica los *five o'clock teas* y los *to meet*. Es una calurosa acogida, llena de espontaneidad y que en los países latinos practicamos muy poco. El extranjero, entre nosotros puede ponerse á la moda cuando se ha establecido ya, y nos hace el honor de preferir al suyo nuestro país. Para quien sólo pasa y no ha de volver tenemos una desconfianza que tarda en desaparecer: no pasamos sino con todo conocimiento, de la política correcta á la intimidad. El americano os abre completamente su casa en cuanto le habeis sido presentado. Quiere que conozcais á sus amigos, que toda su sociedad os trate lo mismo que él.

Los detractores dicen que en eso no hay mérito, que es ya un hábito esa holgada manera de vivir en todos los países anglo-sajones, donde los hijos son numerosos, las necesidades complicadas, las rentas en proporción, y en donde no se conoce la economía. Un huésped más, en tales casas, nada significa. Esto es verdad. Aquí, sin embargo, creo percibir en

ello sentimientos más complejos que el del modo opulento é indiferente de abrir las puertas de sus casas que es también propia de los orientales ricos.

El americano que vive tan de prisa tiene el mayor gusto en mirarse vivir. Parece considerarse á si mismo y á los que le rodean, como una experiencia singular de la naturaleza social y de la que no sabe qué pensar á punto fijo. Espera á que vosotros los europeos, os halleis en antecedentes antes de juzgar esa experiencia, y os facilita esos antecedentes. "Ved á tal ó cual persona, os dice, es un americano tipo de tal ó cual especie. . . . Leed este libro, encontrareis en él el verdadero carácter de un americano de tal Estado. . . ." Si sabe que viajais para tomar notas, se preocupa y al mismo tiempo se congratula de ello como de un homenaje. Desea que esas notas sean escritas *d'apres nature*. Si ve en vos un simple *tourista*, quiere que vuestros relatos cuando volvais sean distintos de las leyendas erróneas cuyas huellas encuentra en nuestros diarios y que le exasperan. Hay una curiosa mezcla de incertidumbre y de orgullo en el placer que experimenta al conducirnos de uno á otro extremo de su domicilio, enseñándonos sin orden determinado la galería de los cuadros y la lencería, los salones y los dormitorios. Uno de sus mejores novelistas, Howel, ha notado con finura este rasgo particular de carácter, esta facilidad de enseñarse como lección de cosas.

"Los del oeste, dice March en el *Azar de nueva fortuna*, somos muy aficionados á tomarnos á nosotros mismos muy objetivamente y á considerarnos como más representativos de lo conveniente. . . ."

En espera de otra y para un observador de profesión, esta disposición de ánimo facilita la mitad de la tarea. Muy difícil es en Italia, en España, en Ale-

mania y en Francia, figurarse el *home* de las personas á quienes se conoce mejor, y son empero, el testimonio más elocuente esos objetos que nos rodean y que han sido elegidos en todo conformes á nuestra fantasía. Un salón, un dormitorio, un comedor, tienen fisonomías, casi rostros, semejantes á nuestros gustos, á nuestras necesidades, á cosas nuestras que muchas veces ni sospechamos.

De los interiores de Newport surge una impresión primera que debe ser exacta; tan acorde está con el resto de la existencia americana y con el exterior de estos mismos lugares. Es la notoria evidencia de lo *mucho*, de la exageración, del abuso, de la falta de medida. Muchas alfombras preciosas, de Persia y del Oriente, cubren el estrado de los *halls* que son elevados. Muchos tapices, muchos cuadros decoran las paredes de los salones. Los cuartos de recibir encierran muchas baratijas, muchos muebles raros, de igual manera que sobre las mesas de almorzar ó de comer hay muchas flores, mucha verdura, mucho cristal y mucha plata.

Recuerdo en este momento, en medio de una de tales mesas, un vaso de plata maciza, ancho y profundo como el *cache-pot* de una gruesa planta, y del cual desbordaba un racimo de uva, de una uva prodigiosa, de granos tan gruesos como bolas medianas. Recuerdo un biombo hecho con un cuadro italiano de la escuela de Carrachio, cortado en cuatro partes. La tela no ha sufrido gran deterioro y el trabajo ha sido bien ejecutado, pero ¡qué muestra de esa constante exageración en el lujo y en el refinamiento!

Imagen de este exceso, es la rosa que ellos llaman con propiedad *American beauty* y cuyas frondas enormes coronan estas mesas. Se destaca tanto sobre su tallo, es de rojo tan intensa y está tan ampliamente

cido—pues ha tenido ya un número incalculable de representaciones.—Se titula *El Nuevo Sur* y el argumento de la pieza presenta curiosas diferencias, no únicamente en las costumbres sino también en las legislaciones.

Un oficial del Norte que está de guarnición en el Sur, se halla, poco después de la guerra, querellado con el hermano de su novia que es un cosechero de Georgia. Este le arranca su sable y le amenaza. El oficial se defiende con la vaina. Hierde en la cabeza á su adversario que cae. Corre el vencedor en busca de auxilios y, durante su ausencia, un negro, que había sido en otra vez insultado por el cosechero, al verle caído y sin conocimiento, le degüella con el propio sable del oficial. Este último es condenado á galeras por sospecharse que era el homicida. A pesar de todo, la novia cree en su inocencia. Se prevale de una ley particular en el Estado, que autoriza á cada ciudadano á escoger á un condenado para que le sirva de doméstico, previa la autorización del gobernador y saca de las mazmorras al presunto asesino de su hermano tomándole para que le sirva, con el objeto de que pueda probar su inocencia. El carácter de ésta joven, que es tan extraordinario para el extranjero, provoca una tempestad de aplausos. Cuando dice á su padre: "Seguid vuestro camino, yo sigo el mio..." el frenesí del público no conoce límites.

La fuerza de voluntad personalista, el empuje hacia adelante del ser que obra conforme á su conciencia, hé allí, no hay duda, lo que aplauden esas gentes. Por oposición, pienso en la acogida que daría nuestro público á esta actitud de una joven en frente de su padre. Es preciso creer que las relaciones de familia no son, con respecto á los espectadores de aquí, lo que son con relación á nosotros, puesto que

una segunda escena, que chocaría en exceso en un salón Parisiense, despierta aquí una risa loca. La hermana de la heroína, enamorada de un médico, á quien primeramente hace una declaración burlesca, en el curso de una consulta y sacándole una lengua de á vara, sorprende á su mismo padre en los momentos de pedir á una vieja señora en matrimonio. La ferocidad con que estalla en carcajadas, la insolente, y el modo como brinca señalando con el dedo al buen hombre, parece la más graciosa á este público que mira como enteramente natural esa absoluta igualdad entre los hijos y los padres. Mi colega, á quien comuniqué mi observación, admite que entre nosotros la familia está mucho más unida que en los países anglosajones y sobre todo más aún que en los americanos:

—“Pero,” dijo, “teneis la debilidad de no dejar que una joven pueda formarse vida propia é independiente fuera de esta familia. Sus padres la aman demasiado y ella les corresponde. No se enseña á contar solo consigo misma y con nadie más. No tiene *self reliance* como nosotros decimos. . . . Aquí la independencia tiene la ventaja de que una mujer sin bienes de fortuna piensa en ganar su sustento con la honradez y la resolución de un hombre. Se hace doctor, se hace profesora, se coloca como secretario de cualquiera administración, y es feliz. . . .”

Tienen razón en este último punto? Ni él ni yo lo sabremos jamás. Al regresar, recuerdo á mi pesar, el cuarto de hora que pasé, despues del desayuno, visitando las oficinas de la revista en que colaboran mis huéspedes de los *Players*. Vuelvo á ver la gran cantidad de mujeres empleadas allí, en trabajos de todos géneros, y sobre todo á una, joven y graciosa, sentada ante una máquina de escribir. Copiaba el manuscrito de un artículo. Sus dedos finisimos jugaban so-

bre las teclas de este instrumento como sobre las de un piano. Era para ella una tarea, limpia, delicada, no muy fatigosa y se veía sobre su hermoso rostro una profunda serenidad de conciencia, una tranquila voluntad y algo como una conmovedora dignidad en una criatura tan joven y evidentemente tan pobre.—¿Será necesario creer que esa independencia activa de la mujer tenga por condición ese relajamiento en los lazos de la familia? Después de todo es posible, puesto que la duración de esta familia misma parece tener por condición el derecho de primogenitura ó cuando menos la libertad de testar y una desigualdad más injusta aparentemente: la de la herencia.

Viernes.—He vuelto á emprenderla con este diario en el tren que corre de Nueva York á Newport, instalado confortablemente en una mesa de esos coches Pullman que llevan el pomposo nombre de *Palace car*. Y entre paréntesis, aunque solo llevo siete días de estar en los Estados Unidos, he podido notar el exceso de metáforas á que instintivamente y por costumbre se entregan los americanos. El producto más insignificante es proclamado en los anuncios “*the best in the world*” el mejor en el mundo! Un vencedor al box se convierte en el campeón del mundo—“*the champion of the world*”—Ayer abrí por casualidad un anuario de West-Point y encontré: “Ciencia y arte en la que sobresalen los cadetes! . . .”

En donde acaba la ingenuidad? En donde empieza ese charlatanismo tan bien definido por estas tres palabras casi intraducibles y que estamos próximos á practicar: el *puff* el *boom* y el *bluff*? Y es cierto, las suatuosidades de un verdadero palacio, nada tienen

de común con las elegancias muy sobresalientes de esos largos coches. Son tales que causan vergüenza nuestros mejores wagones europeos al lado de su refinamiento.

Están dispuestos de manera que forman de uno á otro extremo del tren un vestíbulo cubierto. Un buffet rodante les está unido. Si en lugar de hacer un camino de seis horas, deben recorrer un trayecto de varios días, se encuentra en ellos salas de baño, un barbero y un salón de lectura. Y estos apenas son lugares de lujo, puesto que no hay sino una clase en los Estados Unidos, y que es insignificante el suplemento que se debe pagar para pasar de esa clase á estos wagones.—Compré mi sillón, para recorrer la distancia de Nueva York á Newport, por solo un dollar.—Aquí aún, se manifiesta por cincuenta señales diferentes el espíritu singular de complicación que me ha llamado la atención cada minuto desde mi desembarque. Todo se halla arreglado, maquinado, dispuesto para encerrar en el menor espacio posible el mayor número de objetos que se pueda y de objetos manuable. El sillón en que os sentais gira sobre un pivote y se inclina á vuestro antojo. Si deseais abrir el ventanillo, viene el negro provisto de un terliz metálico que mete en una ranura especial entre los rebordes del ventanillo y el del vidrio levantado. Si quereis almorzar, jugar ó escribir levanta ante vosotros una mesa que por medio de un pié móvil se apoya en el piso y por su otro extremo se adapta á las paredes del wagón. Pasan sin cesar los muchachos ofreciendo periódicos y libros. Entre el paquete de estos veo el romance de Alfonso Daudet, *Sapho*, con este mote: "*Or lured by a bad woman's fatal beauty*"—O engañado por la fatal belleza de una mala mujer....—Y por todas partes hay una prodigalidad

de tapices, de felpas, de maderas esculpidas, de adornos nikelados. Los mismos negros que se pasean ora con su uniforme, ora con un delantal blanco, parecen ser animales de lujo, una fantasía de la compañía que, para mí, con ellos completa lo exótico de esta decoración. Armados con escobetillas que manejan con habilidad simiesca, se aproximan, ántes de las estaciones, á los viajeros y les sacuden el polvo sin consultarles, como á muebles. Hace un momento ví á uno de ellos tomar el sombrero de un señor de edad que leía un periódico. Lo ha limpiado y después lo ha vuelto á colocar sobre la cabeza del paciente sin pedirle permiso. El anciano ni siquiera levantó los ojos.

Las ciudades y los paisajes se suceden. El tren atraviesa, sobre puentes muy bajos y á todo vapor, anchos ríos que se deslizan entre las selvas, ó más bien—restos de selvas,—violadas, asesinadas y cuya vigorosa vegetación testifica aún el esplendor primitivo de este país, antes de que desembarcase en él el destructor de bosques, el hombre de pálido rostro.

Los cortijos suceden á los cortijos, sin un sólo jardín, sin uno solo de esos saloncitos al aire libre, todos follaje y flores, en los que gusta tanto solazarse el burgués francés con su bielgo y su regadera en las manos. ¿Pero de donde tomarían los americanos el tiempo necesario para esperezarse, para mirar á un rosal que revienta, para sentirse vivir? Para ellos los rosales son las vastas chimeneas de las fábricas que tanto se van multiplicando. Sus jardines son esas casas construidas tan de prisa, tanto, que de una á otra generación se han quintuplicado, decuplicado y aún

más en proporción. En 1800 New-Haven, por el que acaba de pasar el tren, tenía cinco mil habitantes, hoy tiene ochenta mil y su comercio se valúa en más de ciento cincuenta millones anuales. Hace un momento era Bridgeport, que el año pasado fabricó cien millones en máquinas de coser y en coches, Hartford, cuyas Compañías de seguros tienen en junto un capital de setecientos millones de fancos. Estas cifras se concretan ante este paisaje, al que explican y con el que se mezclan; tantos así son los navíos de vapor que hay en los menores puertos, las líneas de tranways eléctricas en las calles de las ciudades, las fábricas en los campos, y los muchos anuncios,—en todas partes anuncios y más anuncios. Había tomado papel para resumir mis impresiones de esta primera semana en solo algunos rasgos generales. No he podido hacerlo, hasta tal grado absorbe mi atención esta mezcla de la naturaleza, que se ofrece á veces tan primitiva, y tan cercana de la salvajez virginal, contrastando con este industrialismo esagerado.

Y el wagón apenas si se menea á pesar de la velocidad. Un libro escrito por uno de nuestros más distinguidos ingenieros, M. de Chasseloup-Laubat, (1) y que leí antes de partir, me ha dado la razón con anterioridad, enseñándome con qué talento ha colocado el constructor el largo coche sobre muy pequeños bogies de seis ruedas, de modo que las partes reservadas para los asientos queden fuera del eje de trepidación. Me ha hecho comprender también la locomotora,—hermoso y potente utensilio de velocidad,—muy alta y dispuesta de modo que el mecáni-

(1) *Viaje á América y principalmente á Chicago*, por el Marqués Chasseloup-Laubat. Paris, 1893.

co vea á lo lejos un largo trozo del camino á través de una caja con vidrieras donde va sentado. Todos los órganos están afuera: cilindros, biels, tambores, al alcance de la mano. Esta locomotora se asienta adelante, ella también sobre un muy pequeño bogie director que permite curvas más rápidas y pasar por una vía establecida más ligeramente. ¿Quién ha inventado estos perfeccionamientos? ¿Quién ha imaginado todo el detalle, tan excesivamente complicado de estos wagones? Siempre la misma respuesta: nadie y todo el mundo, esa voluntad sin cesar restuelta, ese ojo siempre avizor, esa audacia siempre en persecución de novedades y esa especie de insaciabilidad de refinamiento, que hasta ahora me parece ser el carácter más marcado de esta civilización, y que es el que menos se espera uno encontrar. Si mañana me fuese preciso retornar á Europa, se reasumiría en esta sensación mi primer contacto tan rápido con este pueblo. Parece en efecto, que ha triunfado del tiempo, puesto que este adelanto extremo del lujo, toca tan de cerca á la barbarie del Oeste y más sencillamente, á la de los cuarteles populosos de Nueva York. Tengo curiosidad de saber si encontraré el mismo contraste, el mismo salto admirable á otra atmósfera en esta ciudad de baños donde estaré esta tarde, y de la que, todos los americanos que de ella me han hablado, parecen estar tan orgullosos y tan disgustados:

—“En el mundo no hay más que un Newport,” me decían y agregaban invariablemente: “Pero Newport no es sino un corro de millonarios, no es sino un *set*, no es la América”

—“¿Por qué?” he preguntado á varios.

—“Lo comprenderéis cuando hayais ido,” responden no menos invariablemente. Después en un asal-

to de orgullo: "Hay más millones de dollars representados en esa pequeña punta de esa pequeña isla, que en todo Londres y en todo París reunidos...."

III

LA SOCIEDAD.

I

UN BALNEARIO.

Había ido á Newport solo por algunos días. He permanecido allí más de un mes dejándome llevar de su vida que en efecto no tiene semejante, que yo sepa. Ni Deauville, ni Brighton, ni Biarritz se le parecen, ni aun Cannes, aunque ésta última se le acerca más por la suntuosidad de sus casas y por la casi total ausencia de burguesía. Pero Cannes es una *Cosmópolis*, como Roma, como Florencia, y tal vez más aún; en tanto que Newport es exclusiva, absolutamente americano. Han pasado por él, este año, algunos viajeros que iban para Chicago y á la *World's fair*. Por lo común son sólo seis ó siete los que pueden contarse. Los franceses no conocen Newport. Si los ingleses suelen venir á él, es por su afición al *yachting*; y son pocos. Prefieren la isla de Wight, Cowes y el cómodo río de Solent.

Esta escasez de viajeros que se explica por su leja-

nia y por la brevedad de la estación, asegura á esta villa de baños de mar, su irreductible carácter de originalidad nacional. No, esta elegante reunión, ó como dicen con desprecio los detractores de Newport, este *set*, no es la América, pero es *su mundo* y la vida mundana, esa vida que parece tan vacía y tan ficticia, se agarra por medio de profundas raíces secretas al país cuya flor es, flor algunas ocasiones insipida y con más frecuencia envenenada. Aun cuando sus costumbres propias sean como en Francia totalmente diferentes de las costumbres generales del país, manifiestan en los que las practican los defectos y las cualidades de la raza. Los ociosos se entretienen ó procuran divertirse, con la misma sensibilidad, con el mismo carácter y con la misma inteligencia que emplean los laboriosos para hacer su trabajo.

En la existencia de las clases altas parisienses, por ejemplo, se encuentran aplicadas á las artes, al lujo, al desenfreno, todas las potencias y todas las debilidades del alma francesa:—la extrema vivacidad de pensamiento y su inconsistencia, la desilusión prodigiosa de crítica y la ingenuidad de entusiasmo inesperadas, un irritado arrojo en la ironía y la esclavitud ante la opinión, algo de humanidad y no se quede mediano, un aire de buen gusto aun en el desorden y apariencias de buen sentido aun en la locura—y sobre todo satisfacción, agrado, un genio de sociabilidad que flota en la atmósfera de nuestros clubs, de nuestros salones, de nuestros cafés, de nuestros teatros, de nuestros paseos. La naturaleza de un pueblo es siempre semejante en el colorido de sus vicios y de sus virtudes, de sus frivolidades y de sus trabajos. Esta fisonomía es pues la que se trata de descubrir, y para ello son buenos todos los documentos, desde la sala de casino hasta una iglesia, y desde la charla

de una mujer de moda hasta el discurso de un obrero revolucionario!

Estoy seguro que la alma americana—que ha sido el interés real y la verdadera razón de mi viaje,—se trasparentará detrás de las fastuosidades de Newport, para el que sepa verla. Pero, ¿he sabido verla? En todo evento, he aquí un lote completo de notas tomadas á lo vivo y como respuesta á todas las primeras preguntas que se formulen sobre una inquisición, referente á las personas de sociedad:—¿Dónde viven y de qué muebles usan? ¿Cómo se reúnen? ¿De qué manera se divierten? ¿Cómo platican?—Y luego si hay lugar para formarlas, se formularán hipótesis más generales.

¿Dónde y cómo viven? . . . En *villas* separadas unas de otras, y sin embargo casi en común, sembradas de césped muy verde, muy espeso y adornadas con grullas de bronce en pié bajo los árboles entre espesos y azules bosquecillos de hortensias; con pórticos al frente de las fachadas á cuyo derredor oscila la vid del Japón, esa yedra improvisada, pero más efímera y que en cada estación se marchita, símbolo de la instantaneidad americana, incapaz de la espera;—veinte, treinta, cuarenta tipos diversos de construcción, casi tantos cuantas son las moradas; unas cuadradas y como aplastadas, otras finas y elevadas, otras finas y largas, todas con ventanas de guillotina y encorvándose, en su mayoría, con el revestimiento de madera barnizada que sirve para darles un claro-oscuro de elegante aseo;—y así se continúan indefinidamente en la avenida Bellevue, en Narragansett, en todas las calles de ese Newport moderno, que ha construido el

capricho de los millonarios sobre el acantilado de la costa en solo algunos años, pues el lugar apenas si desde ayer está de moda.

La otra ciudad, la verdadera, descende allá abajo, sobre los muelles, con sus modestas casitas de madera clara que le dan suma gracia. Se siente detrás de ella á la cabaña primitiva, el frágil y rústico abrigo que el colono tuvo necesidad de construir con sus manos en este país selvático, con vigas mal cuadradas y con latas peor unidas. Aun en el día, las construcciones de piedra son raras en los Estados Unidos. El ladrillo y el fierro son los sucesores de la madera. La explotación de las canteras y la talla de los blocs, exigiría demasiado tiempo y mucha mano de obra.

No hay intermedio entre Newport el viejo, que sigue viviendo pacíficamente á lo burgués todo el invierno y el otro, el Newport del estío, elegantísimo y momentáneo. No se encuentra nada que revele bosquejos primitivos del balneario, niugún ensayo corregido, ni algo que indique que se abandonó y se volvió á emprender; nada que señale el ensanche progresivo de la boga. Es también con la potencia de la voluntad como se han levantado esos palacios de la Quinta Avenida en Nueva York, á modo de lo efectuado con la lámpara de Aladino, y así se ha creado en un relámpago milagroso ese barrio de cortijos. La diferencia única reside en las complicaciones de la arquitectura en que se encarnizaron los ricos de entre los ricos, que han querido sobrepujar al resto. El espíritu de *go ahead*, propio de la América, se reconoce aquí en las magnificencias de construcción, tan significativas cuando se piensa que esas moradas sirven para ser habitadas seis semanas, tal vez dos meses nada más en el año y cuando cada una de ellas

hace suponer como acompañamiento habitual, caballos y carruajes de cuatro tiros, un yacht y algunas veces dos, para cruzar la costa con velas ó al vapor, un wagón privado para estar en casa propia en todas las líneas de camino de fierro, una casa en New York y otra casa en el campo! . . .

Este, ha vivido mucho en Inglaterra y se ha empeñado en poseer en uno de los terrenos de Rhode Island cubiertos por menuda yerba, una abadía inglesa al estilo de la reina Isabel. Vedla como se levanta, parda y severa, tan exacta, tan completa, que bien podría ser trasportada á Oxford á orillas del Isis ó del Cherwel sin tener que mudarle una sola piedra para hacerla hermana del delicioso claustro de Maudlen ó de la fachada de Oriel. El otro prefiere á la Francia y por eso le ha cuadrado poseer en frente del Atlántico un castillo de la revolución francesa. Allí está ese castillo y os recuerda Azay, Chenonceaux y el Loire con el perezoso y traslúcido listón de sus aguas, anudándose, desatándose, reanudándose al derredor de la amarilla arena de sus islas. Un tercero ha edificado un palacio de mármol, enteramente semejante á Trianon, con pilastras de capiteles corintios, tan anchas como las del templo del Sol en Baalbek. . . . Y ni uno solo de esos edificios representa al poco más ó menos lo que se quiso representar, ni una de esas pretensiosas é insuficientes tentativas que ponen en ridículo, en cualquier país, á los orgullosos y á los advenedizos. No. Sus detalles y lo acabado de su conjunto revelan el estudio concienzudo y el cuidado técnico. Con evidencia, se escogió al mejor artista. Tuvo completa libertad y tuvo el dinero necesario.

Sobre todo, el dinero! Caprichos como estos presuponen cantidades tan grandes, que después de un

paseo de cortijo en cortijo, y de abadías en castillos, sufris la impresión medio fantástica de una visita á alguna isla consagrada al dios Plutus metamorfoseado en la más moderna de sus encarnaciones en el dios Dollar. Pero este dios Plutus, es un dios que ayer todavía se sentaba, en el hogar de Penia, de la diosa bárbara de la pobreza; un dios Plutus al que no han enervado ni enlanguidecido todavía ni las riquezas ni las voluptuosidades; un Plutus que no teniendo ya necesidad de trabajar quiere que trabaje su oro, que este oro se manifieste, se extienda, que él *show off*, usando de la palabra verdaderamente yankee. Y tanto se muestra este oro, se derrama con tan violenta intensidad que os ase como el desplegamiento de una potencia. Flaubert escribía á uno de sus discípulos: "Si no podeis construir un Parthenon. alzad una pirámide! . . ." Este consejo brutal pero fuerte, parecen repetírselo todos los americanos por instinto, en otras palabras. Así como en las calles y en el puerto de Nueva Yor abruma tanta actividad, así en las avenidas de Newport tanta riqueza admira. Subleva ó petrifica según esteis más predisuestos al socialismo ó al snobismo. El psicólogo que mira á una ciudad, como miraría el naturalista un hormiguero, reconoce en ella este mismo hecho, observado desde el primer momento, en un no sé que de intemperante y de desenfrenado. Parece ser que el génio americano no conoce la medida. Las construcciones de utilidad que ellos levantan, cuando son elevadas son muy altas. Sus casas de placer tienen todos los refinamientos. Cuando sus trenes caminan de prisa marchan violentísimos. Sus periódicos tienen muchas páginas, muchas noticias. Y el día que se entregan á gastar el dinero les es preciso gastar demasiado para tener la sensación de que han gastado mucho.

¿Cómo amueblan sus habitaciones? Tengo todavía ante los ojos, al escribir estas líneas, unos cincuenta interiores de estas villas y acaso más. Desde la semana de mi arribo y como consecuencias de mis cartas de presentación, había yo empezado á ser arrastrado en ese torbellino de almuerzos, de paseos en carruajes, de excursiones en yacht, de comidas y de bailes, que pasa sobre Newport como un simoun durante algunas semanas. "*Be in the rush*" dice un reclamo fijado en el carro eléctrico que hace el servicio de la playa á la ciudad antigua. La recomendación de una levadura especial acompaña á este elocuente cartel á este "acomodaos al tren," que los americanos os obligan muy pronto á practicar.

Su energía se extiende hasta á su hospitalidad, que se torna activa, que multiplica los *five o dock teas* y los *to meet*. Es una calurosa acogida, llena de espontaneidad y que en los países latinos practicamos muy poco. El extranjero, entre nosotros puede ponerse á la moda cuando se ha establecido ya, y nos hace el honor de preferir al suyo nuestro país. Para quien sólo pasa y no ha de volver tenemos una desconfianza que tarda en desaparecer: no pasamos sino con todo conocimiento, de la política correcta á la intimidad. El americano os abre completamente su casa en cuanto le habeis sido presentado. Quiere que conozcais á sus amigos, que toda su sociedad os trate lo mismo que él.

Los detractores dicen que en eso no hay mérito, que es ya un hábito esa holgada manera de vivir en todos los países anglo-sajones, donde los hijos son numerosos, las necesidades complicadas, las rentas en proporción, y en donde no se conoce la economía. Un huésped más, en tales casas, nada significa. Esto es verdad. Aquí, sin embargo, creo percibir en

ello sentimientos más complejos que el del modo opulento é indiferente de abrir las puertas de sus casas que es también propia de los orientales ricos.

El americano que vive tan de prisa tiene el mayor gusto en mirarse vivir. Parece considerarse á sí mismo y á los que le rodean, como una experiencia singular de la naturaleza social y de la que no sabe qué pensar á punto fijo. Espera á que vosotros los europeos, os halleis en antecedentes antes de juzgar esa experiencia, y os facilita esos antecedentes. "Ved á tal ó cual persona, os dice, es un americano tipo de tal ó cual especie. . . . Leed este libro, encontrareis en él el verdadero carácter de un americano de tal Estado. . . ." Si sabe que viajais para tomar notas, se preocupa y al mismo tiempo se congratula de ello como de un homenaje. Desea que esas notas sean escritas *d'apres nature*. Si ve en vos un simple turista, quiere que vuestros relatos cuando volvais sean distintos de las leyendas erróneas cuyas huellas encuentra en nuestros diarios y que le exasperan. Hay una curiosa mezcla de incertidumbre y de orgullo en el placer que experimenta al conducirnos de uno á otro extremo de su domicilio, enseñándonos sin orden determinado la galería de los cuadros y la lencería, los salones y los dormitorios. Uno de sus mejores novelistas, Howel, ha notado con finura este rasgo particular de carácter, esta facilidad de enseñarse como lección de cosas.

"Los del oeste, dice March en el *Azar de nueva fortuna*, somos muy aficionados á tomarnos á nosotros mismos muy objetivamente y á considerarnos como más representativos de lo conveniente. . . ."

En espera de otra y para un observador de profesión, esta disposición de ánimo facilita la mitad de la tarea. Muy difícil es en Italia, en España, en Ale-

mania y en Francia, figurarse el *home* de las personas á quienes se conoce mejor, y son empero, el testimonio más elocuente esos objetos que nos rodean y que han sido elididos en todo conformes á nuestra fantasía. Un salón, un dormitorio, un comedor, tienen fisonomías, casi rostros, semejantes á nuestros gustos, á nuestras necesidades, á cosas nuestras que muchas veces ni sospechamos.

De los interiores de Newport surge una impresión primera que debe ser exacta; tan acorde está con el resto de la existencia americana y con el exterior de estos mismos lugares. Es la notoria evidencia de lo *mucho*, de la exageración, del abuso, de la falta de medida. Muchas alfombras preciosas, de Persia y del Oriente, cubren el estrado de los *halls* que son elevados. Muchos tapices, muchos cuadros decoran las paredes de los salones. Los cuartos de recibir encierran muchas baratijas, muchos muebles raros, de igual manera que sobre las mesas de almorzar ó de comer hay muchas flores, mucha verdura, mucho cristal y mucha plata.

Recuerdo en este momento, en medio de una de tales mesas, un vaso de plata maciza, ancho y profundo como el *cache-pot* de una gruesa planta, y del cual desbordaba un racimo de uva, de una uva prodigio, de granos tan gruesos como bolas medianas. Recuerdo un biombo hecho con un cuadro italiano de la escuela de Carrachio, cortado en cuatro partes. La tela no ha sufrido gran deterioro y el trabajo ha sido bien ejecutado, pero ¡qué muestra de esa constante exageración en el lujo y en el refinamiento!

Imagen de este exceso, es la rosa que ellos llaman con propiedad *American beauty* y cuyas frondas enormes coronan estas mesas. Se destaca tanto sobre su tallo, es de rojo tan intensa y está tan ampliamente

te desenvuelta, de perfume tan fuerte, que no parece una flor natural. Es un producto que reclama el invernadero, la exposición, el escaparate. Con ser tan espléndida, se siente uno impulsado á echar de menos ante ella la pequeña eglantina de los matinales con sus pétalos rosados que un soplo de viento lastima. Pero esto es la naturaleza y también la aristocracia, por lo menos en el sentido en que los europeos comprendemos esa palabra, inseparable para nosotros de una idea de media tinta y de desvanecimiento. Verdad es que este exceso revela entre estas gentes una fuerza mucho más parecida, bajo diversas formas, al Renacimiento, que no á la pobreza de temperamento disfrazada de la distinción por los modernos. El vigor de la sangre y de los nervios que ha permitido al hombre de los Estados Unidos conquistar la fortuna, persiste en él á través de esta fortuna y se manifiesta por la suntuosidad del interior como se enseñalaba por la del exterior. Hay aquí savia por todas partes y hasta en las locas prodigalidades de la gran vida.

Sin embargo, estos millonarios no se aceptan á sí mismos enteramente. Hé aquí una segunda impresión que impone una mirada más atenta sobre estos *halls* y estos salones. No admiten ser tan diferentes del viejo mundo, ó si lo admiten es para pretender que son capaces, cuando lo quieran, de igualar á ese viejo mundo ó por lo menos de tomarle el gusto.

—“Nosotros hemos hecho bastante dinero, me decía un arquitecto, para ser ahora artistas, y no tenemos tiempo para esperar. . . . Así, yo estudio el siglo XVIII, siglo francés; quiero construir casas que pertenezcan á este tipo y con todo el *confort* moderno, con aparatos para el agua, para la luz, para la electricidad. . . .”

Su patriotismo era tan sincero como intenso y lo hacía consistir en la conquista, ó más bien en el plagio de un estilo extranjero. Los ajuares de Newport trádúcen esfuerzo semejante, un constante é in-fatigable afán de absorción europea. Contados son en estas *villas* los objetos fabricados en América. En Europa se ha tejido la seda de estos sillones y la tela de estas cortinas, en Europa se han torneado esta mesa y estas sillas, de Europa vino esta argentería, allá fueron tramados, cortados y cosidos estos trajes, y de allá vinieron estos guantes, este calzado y estas medias.

When I was in Paris. . . . Then we go to Paris. . . . We want to go to Paris to buy our gowns. . . . Cuando estuve en París. . . . Entonces vamos á París. . . . Debemos ir á París á comprar nuestros vestidos. . . . Estas frases se cruzan de continuo en la conversación. Y se ve que un salón de París ha debido servir de modelo para aquel en que os hallais y que estas *toilettes* se sujetan al mismo patrón que las de los elegantes de París. Solo que salón y *toilettes* tienen como lo demás ese no se qué de exagerado. La moda de estos trajes no es la de hoy sino la de mañana. Las costureras tienen una palabra de *argot* muy expresiva para traducir este matiz casi intraducible. Dicen: "Nosotros ensayamos primero sobre las extranjeras los cortes nuevos. Después, para las parisienses, *depuramos*. . . ."

Así se califica este carácter de más allá, este aspecto de andar engalanadas hasta en la manera de vestirse que estas mujeres, con frecuencia tan bellas, extreman con profusión de joyas que llevan en pleno día. Desde medio día se las ve en el talle turquesas tan grandes como almendras; en el cuello perlas como nuececillas; rubíes y diamantes tan largos co-

mo las uñas de los dedos que los ostentan. Esto es de Europa, sí, pero extremado, *exasperado*; y esa imitación tan intensa, no hace otra cosa que acentuar la diferencia entre el viejo mundo y el nuevo.

Entré las fantasías de decorado, tomadas así á nuestro país, hay una que se transforma de singular manera al pasar el Atlántico. Hablo del gusto por las cosas antiguas, de ese matiz del *bibelot* y del *bric-à-brac* propio de nuestra época. Se ha hecho aborrecible entre nosotros porque la puja universal ha elevado tanto los precios, que muy pocas de nuestras fortunas europeas son hoy bastante fuertes para bastar á tal objeto. La falsificación ha sobrevenido y sobre todo la abundancia de objetos de segunda clase.

Los americanos han llegado al mercado con sus capitales enormes. Millonario entre nosotros es uno que posee un millón de francos. Millonario aquí es quien tiene un millón de dollars, ó sea cinco millones de francos. Han traído esta universalidad de conocimientos nacida del hábito constante del viaje emprendido seriamente y considerado como una verdadera lección de cosas. Desde hace treinta ó cuarenta años, gracias á este doble poder, han puesto la mano sobre las más bellas telas, tapicerías, medallas, maderas, etc., y esto no solamente en Francia, Inglaterra, Holanda é Italia, sino aun en Grecia, Egipto, las Indias y el Japón. De ahí en sus casas de campo ó de ciudad una prodigalidad de obras maestras dignas de un museo. En alguna de estas *villas* de Newport, que yo podría nombrar, ha sido transportada toda una galería privada que su primer propietario había empleado años en coleccionar entre los más delicados de los primitivos alemanes. ¡Y prosiguen! El otro día oí á un *amateur* decir melancólicamente,

aludiendo á la crisis financiera que asola á la vez á la Italia y á los Estados Unidos:

The Italians are rather low down just now, and there are things to be had sub rosa. But in this moment nobody can profit by it.... Los italianos están por ahora muy abajo y hay entre ellos muchas cosas que se tendrían *sub rosa*. Pero en este momento nadie puede aprovecharlas....

Se ocurre preguntarse ¿dónde podrían colocar esos objetos italianos? al ver que el cuero de Córdoba que cubre las paredes de las habitaciones, casi desaparece bajo las telas, Y hay por donde quiera vidrieras bajo las cuales tesoros de piedra grabadas aguardan el lente; esmaltes, armaduras cinceladas, libros antiguos, medallas, retratos sobre todo. Sólo en dos villas contiguas, á un cuarto de hora de distancia, he visto un retrato de un gran señor genovés, el de un almirante veneciano, el de un lord inglés del último siglo, el de Luis XV por Vanloo con esta inscripción, "dado por el rey", el de Luis XIV por Mignard, con la misma inscripción, el de Enrique IV por Porbus. F*** que no los quiere me decía irónicamente:—"Sí, tienen el retrato del gran rey, pero ¿dónde está el de su abuelo?" Y atribuía este gusto por los viejos lienzos á un vago y torpe esfuerzo hacia una falsa galería de antepasados. Según yo, él no se daba cuenta de lo que tiene de sincero, casi de tierno, este cariño de los americanos por los objetos en cuyo derredor hay tiempo y duración. Esta sensación tan difícil de concebir por nosotros y que mi colega de los *Players* me expresaba ingenuamente en New York, yo la comprendo y aún la experimento tras estas cuantas semanas de hallarme en Estados Unidos. Es una satisfacción casi física de la mirada encontrar aquí los tonos marchitos de una vieja pin-

tura, el sello borroso de una moneda antigua, las tintas desvanecidas de un tapiz de la edad media. En esta comarca donde todo es de ayer, se tiene apetito, sed de lo antiguo. Preciso es creer que nuestra alma se halla poseída de un indestructible instinto de tener en torno suyo lo pasado, puesto que aun estas exageraciones de lujo adolecen de tal necesidad. Los de aquí no la discernen en sí mismos, pero la experimentan íntimamente. Uno de ellos la semana pasada, mandaba detener su carruaje para mostrarme la estatua de un Newportés que fué amigo de su abuelo. "Es grato, me decía, pensar en los tiempos ya lejanos."

Un árbol trasportado á nuevo lugar, y con raíces muy á flor del suelo, resentiría esta necesidad de terreno previo. Este esfuerzo inconsciente por rodearse de lo pasado y ennoblecerse con él, es lo que salva estos interiores de casas de millonarios, de lo que tendrían de brutal, de tan hecho á fuerza de dinero y tan de prisa. Es como un poco de poesía inesperada en lo que, sin ello, sólo sería la apoteosis del *cheque* y del *chic*—por recordar un chiste vulgarísimo de una canción vulgar también de época pasada. Y consuela ver entre tales magnificencias algunas chuscadas inexplicablemente vulgares y pueriles: ya un monstruoso juguete, ya una muñeca con cara de luna con monóculo, sombrero alto, y fumando un cigarro encendido, mientras una caja de música oculta en su cuerpo, toca un aire canallesco. Y tiene escrito abajo, para vergüenza de los escritores que han empleado los primeros este término: "Fin de siecle!" ¡Qué mosaico en el gusto de esta raza que toma revueltamente de todo á nuestra civilización: lo excelente y lo peor; nuestras más bellas obras de arte y nuestras más deplorables caricaturas!

¿Cómo se reúnen?..... De una sola manera y en una sola clase. Cuando se compara este Newport veraniego á nuestro Deauville ó al Brighton de nuestros vecinos de allende la Mancha, aparece un punto de diferencia inolvidable. No hay aquí, como en Inglaterra, una casta de arriba, un Olimpo aristocrático que impone su moda á todos los *tuft-hunters*, esa palabra tan pintoresca con que los jóvenes de Oxford ridiculizan ya á sus compañeros que andan á caza de altas relaciones y que están hipnotizados por la bellotica de oro que tiembla sobre el bonete cuadrado de los estudiantes nobles. No hay aquí como en Francia, esa irracional y potente supervivencia del antiguo régimen en plena erupción democrática, cuyo signo más expresivo es sin duda nuestro concepto del *club*. El círculo, entre nosotros, ha dejado de ser el medio natural, casi necesario, de personas que viven de cierta manera. Ha venido á ser como una divisa, casi un grado en un vago regimiento social cuyo estado mayor residiera en la *Unión*, en el *Jockey* ó en la *Rue Royale*.

En América, todos los hombres de mundo han sido, son todavía, hombres de negocios. No han nacido en la vida social; han llegado á ella. No la han recibido ya completa y así transmitida. La han hecho ellos mismos, porque les conviene agregar esa elegancia á su fortuna, como coronamiento del edificio. Resulta de ahí, que hay una profunda igualdad entre ellos, una singular unidad de costumbres, de ideas, de gustos que traduce la absoluta unidad de origen. Mucho se ha intentado durante estos últimos años, romper esa unidad y establecer un Olimpo ficticio, el de los "cuatrocientos," los *four hundreds*, que habrían sido sacados de entre las familias más antiguas en tradición y en riqueza. Tal fantasía no

podía tener éxito, porque las bases verdaderas de todas las opulencias son aquí muy recientes, muy conocidas, y por otra parte, no se sostendrían sin la continuidad de la labor que las ha producido. Una mina de oro descubierta hace veinticinco años ha enriquecido á éste. Un ferrocarril construido en 1860, ha hecho millonario á aquel. Tras cada nombre de los que desfilan en las revistas de fiestas, publicadas por los periódicos, todo americano puede señalar tal ó cual fábrica, tal casa de comercio, tal banca, tal especulación agrícola; y las más veces la fábrica se halla en plena actividad, los despachos de la casa comercial y de la banca están siempre abiertos y la especulación continúa. Los demócratas pueden decir que esos títulos para la vida de sociedad valen tanto como los blasones falsificados por la bastardía y por matrimonios sospechosos, ó tanto como notabilidades históricas sin realidad contemporánea. Con toda seguridad esos fundamentos de la alta clase americana, son claros y francos. Sus consecuencias inmediatas no lo son menos.

La primera es la ausencia casi total de aventureros y aventureras en los balnearios como Newport. Una sociedad eterogénea, es fácil de engañar. Una sociedad de banqueros nó lo es. Una familia cuyas rentas son dudosas, puede figurar en una sociedad donde los mismos nobles auténticos se sostienen de expedientes; donde reina ese espíritu de *à propósito* en materia de dinero, habitual á los que no lo ganan. En América sabe cada uno lo que *vale* su vecino, y por otra parte, como la vida social es ahí un lujo, los menudos gastos diarios son tan crecidos que serían insostenibles para un presupuesto mal equilibrado.

Los novelistas franceses, desde Balzac, han pintado frecuentemente el tipo del joven ambicioso y po-

bre que se mantiene á la altura de la "gran vida," con un hábil manejo de sus muy medianos recursos. Aquí un regular traje de *soirée* cuesta ciento cincuenta *dollars*—setecientos cincuenta francos;—un viaje en fiacre, para ir á comer fuera de la ciudad, cuesta tres *dollars*, y cinco si se trata de ir y volver. Una *toilette de soirée* para una señora ha debido pagar si vino de París, cincuenta por ciento de derechos de entrada. Los precios de modistas y costureras de New-York, se mantienen casi al mismo nivel. La copia de modelos de los grandes confeccionadores por una obrera á domicilio, ese recurso de la parisiense prudente, apenas sería una economía en un lugar donde una camarista hábil gana cuarenta *dollars* por mes, y una buena costurera tres *dollars* por día. Esta especie de abuso de la riqueza, propio, no solamente de Newport, sino de toda la América, es á la vez una locura y una purificación. Se puede ridiculizar la frivolidad de esta existencia, condenar su suntuosidad. Aun puede merecer sátiras. Pero es, por lo menos, muy recta y muy sana.

Lo es también en esta estancia veraniega, por la supresión no menos total del elemento que divierte y corrompe en Europa tantos balnearios; quiero decir el *demi monde*. Como esta sociedad americana se compone, ante todo, de gente de negocios, los hombres no pueden holgar mucho. Están ausentes muchos días de la semana, ocupados en ganar ese dinero que las mujeres se encargan de ostentar. De donde se sigue que si tienen compromisos fuera de sus casas, no los tienen aquí. Los que permanecen en Newport toda la semana son muy pocos, en su mayor parte de avanzada edad, puesto que están ya *sut of business*,—fuera de los negocios,—ó muy jóvenes, puesto que aún no se ocupan de ellos.

Algunos diplomáticos en vacaciones y algunos visitantes de paso completan ese personal masculino al que por su pequeño número se le impondría el peso, aún cuando el rancio fondo de moralidad puritana, siempre presente en el país de la tradición anglo-sajona,—al menos bajo la forma de la hipocresía,—no hiciera imposible todo escándalo.

¿Por cuáles diplomáticos procedimientos la *demi-mondaine* más hábil llegaría, además, á rozarse con el gran mundo, á hacer pasable el poco más ó menos, como entre nosotros, en una sociedad donde todo placer se organiza en *club*, donde se requiere una admisión, una presentación, un patrocinio para ir á tomar aquí una taza de té ó asistir allá á una partida de envite? Y luego, la raza no es aquí tan vieja para que la joven sea ya la criatura depravada pero afinada, mentirosa y espiritual que entretiene al hombre y poco á poco se impone á su intimidad cotidiana. Basta comprobar que está ausente de una *villa* que en otra parte sería su campo favorito de operaciones, y allí la adivinaiis reducida al estado de máquina de placer. Th*** que habita los Estados Unidos hace diez años, me decía:

—“El americano no tiene necesidad como nosotros de la mujer. Si visita á *mujeres*, es siempre cuando está un poco ebrio y para beber aún...”

Posible es que el sentimentalismo con que se enternece en Francia la galantería sea, bajo ciertos aspectos, más humano. Socialmente, el americano está en lo cierto, quiero decir que esa línea tan definitiva de demarcación entre la mujer mundana y las otras le hace ver aquella con otros ojos. La respeta más en su imaginación y en sus maneras. Puede ser un perverso; pero nunca ó raras veces un libertino. Hay gran distancia entre esas dos palabras. De ello